
EL ESTUDIO DE LA CULTURA POLÍTICA*

Gabriel Almond

El origen del estudio de la cultura política

El esfuerzo de la teoría de la cultura política por explicar la política y las políticas públicas, se remonta a los orígenes de la Ciencia Política. Los historiadores, poetas y dramaturgos griegos y romanos comentan sobre las formas en la guerra y la paz de los espartanos, ateneos, corintios, partianos, caledonios, judíos, etcétera. Los conceptos y categorías que usamos en el análisis de la cultura política –subcultura, cultura política élite, socialización política y cambio cultural– también están contenidos en los antiguos escritos clásicos. Las grandes familias y tribus de Atenas y Roma tenían sus deidades fundadoras, sus fuegos sagrados, sus tradiciones y sus inclinaciones político-cívicas. En el antiguo reino de Israel por lo menos cuatro culturas políticas de élites estaban en conflicto: la relativamente cosmopolita corte real, involucrada en la guerra y diplomacia, se oponía a los profetas y sus seguidores afirmando perfeccionar las revelaciones y compromisos sinaísticos; en Jerusalén, el sacerdocio y los funcionarios del templo se oponían a la supervivencia de los cultos para los líderes locales de los “altos lugares”.

La noción de cambio de la cultura política es uno de los temas más poderosos de la literatura clásica. Cada ciudad-Estado griego tenía su propia memoria de un austero pasado solónico y licurgo, por el cual medían el presente corrupto. Los catos celebraban lo frugal, lo marcial y las virtudes cívicas de los principios de la república romana. Los griegos tenían una teoría cíclica del cambio político y explicaban el auge y caída de las constituciones políticas en términos psicológicos.

* Tomado de Gabriel Almond A., *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Newbury Park, Sage Publishers, 1990. Traducción de Gustavo López Montiel. Revisión final de Karla Valverde Viesca.

Platón (sin fecha), en *La República*, argumenta que:

los gobiernos varían tanto como varían las disposiciones de los hombres, y debe haber tantas variaciones de uno como las hay del otro. No podemos suponer que los Estados están hechos de "roble y roca" y no de la naturaleza humana que está en ellos (p. 445).

No hay argumento más fuerte para explicar la importancia del proceso de socialización que el de Platón:

De todos los animales el joven es el más inmanejable, no es regulable hasta que tiene la fuente de la razón en él; es el más insidioso, astuto e insubordinado de los animales. Por lo tanto tiene que estar atado por muchas restricciones.

Madres y niñeras, padres, tutores y oficiales políticos tienen la obligación de guiar y coercionar al incorregible animal hacia la vía de la virtud cívica.

Aristóteles es un científico y culturalista político más moderno que Platón, debido a que él no únicamente da importancia a las variables de la cultura política, sino que, por un lado, trata explícitamente la relación de éstas con variables de estratificación social, y por el otro, su relación con variables políticas estructurales y variables de desempeño cultural. Argumenta que la mejor forma de gobierno posible es una combinación de aristocracia y democracia en una sociedad en que las clases medias predominan. Aristóteles dice:

El mediano monto de todas las cosas buenas de la fortuna es el mejor monto que posee. Por su grado de riqueza es la más dispuesta a obedecer a la razón... Y las clases medias son las menos inclinadas a rehuir los cargos y a ambicionarlos, estas dos tendencias son injuriosas para los estados... aquellos que tienen exceso de fortuna, fuerza, riqueza, amigos, etc., no desean ser gobernados... ellos han adquirido estas cualidades de su hogar, aún desde su juventud, que fue tan lujoso que no tenían que someterse a ninguna autoridad aún en las escuelas, mientras que aquellos que están extremadamente necesitados de estas cosas, son demasiado humildes.

Una sociedad en que la clase media es pequeña produce un estado "consistente de esclavos, amos, no de hombres libres, y de una clase envidiosa y otra desdeñosa de sus prójimos. Esta condición está muy lejos de la amistad y de la sociedad política", que para Aristóteles (1932)

eran las bases culturales de la mejor y más duradera forma de gobierno (pp. 329-331).

Plutarco (sin fecha), en su biografía sobre Licurgo, explica cómo los legisladores espartanos propusieron crear el carácter espartano desde el momento mismo del nacimiento, por ejemplo, aconsejando a las mujeres bañar a sus recién nacidos en vino en lugar de agua, para atemperar sus cuerpos. Las niñeras de Esparta “no usaban pañales; los niños crecían libres y sin limitaciones en extremidades y cuerpo, y no tenían comidas refinadas ni elaboradas; no eran temerosos a la oscuridad, ni por ser dejados solos; y crecían sin terquedad, malhumor o llanto” (p. 62).

Maquiavelo, Montesquieu y Rousseau, entre otros teóricos políticos posteriores, contribuyen a la tradición de la cultura política. Maquiavelo y Montesquieu diseñaron lecciones de la historia romana sobre la importancia de la moral y valores religiosos en la crianza, para la formación del carácter romano, que a la vez explicaba el constante curso y remarkable desempeño de la república en la guerra y la paz. Con la expansión y riqueza, y la amalgama de otras tensiones culturales llegó el desbasamiento y colapso de este gran imperio. Pero ambos teóricos, al enfatizar temas de socialización y de cultura política, tendían a tratarlos anecdóticamente e ilustrativamente más que de manera analítica, como también lo hicieron Platón y Aristóteles.

Los términos que Rousseau (sin fecha) usó para identificar la cultura política fueron *moralidad*, *costumbre* y *opinión*. Él los trata como una clase de ley más importante que la ley propiamente dicha, una clase de ley que está:

grabada en los corazones de los ciudadanos. Esta forma de constitución real del Estado, toma nuevos poderes cada día, mientras que otras leyes decaen o mueren... mantiene a la gente en los caminos sobre los que tienen que ir e insensiblemente reemplaza autoridad por la fuerza del hábito. Estoy hablando de moralidad, de costumbre y sobre todo de opinión pública (p. 4).

Los análisis de Tocqueville sobre la democracia norteamericana y de los orígenes de la Revolución Francesa están entre los estudios más sofisticados de estos temas. En *La Democracia en América* (1945) él señala:

Las costumbres de la gente pueden ser consideradas como una de las causas generales por las cuales el mantenimiento de una democracia en los Estados Unidos es posible. Uso la palabra costumbre con el significado que los antiguos daban a la palabra *mores*; pero yo la aplico no sólo a las costumbres

propiamente dichas —que son, lo que podría ser llamado los *hábitos del corazón*— sino también a las distintas nociones y opiniones presentes entre los hombres y la masa de aquellas ideas que constituyen su carácter de pensamiento. Incluyo dentro de este término, por lo tanto, la completa condición moral e intelectual de la gente (I, p. 299).

Tocqueville tenía un agudo sentido de subcultura política. Sus análisis de las actitudes políticas de los campesinos, burguesía y aristocracia franceses en las vísperas de la Revolución, son una pieza maestra de análisis de cultura política (ver Tocqueville, 1955).

Iluminismo, liberalismo y marxismo

Si la noción de cultura política en algún sentido ha estado siempre con nosotros, ¿cómo podemos explicar su repentina popularidad en los sesenta y la proliferación de investigaciones sobre el tema en décadas recientes? Sugerimos que el fracaso de las expectativas del iluminismo y del liberalismo, cuando se relacionaron con el desarrollo político y la cultura política, sentaron una explicación del problema al cual dieron respuesta los estudios sobre cultura política, así como el desarrollo de la teoría social en los siglos XIX y XX, y de la metodología de las ciencias sociales después de la Segunda Guerra Mundial (particularmente metodología sobre encuestas).

Para la segunda mitad del siglo XIX las creencias en el progreso intelectual, material y moral estimuladas por la Revolución Industrial, por el éxito de las reformas políticas y sociales en la Gran Bretaña y el ejemplo norteamericano, y fortalecidas por el desarrollo de ideas evolucionistas en la biología, tomaron un sentido de inevitabilidad. Para el liberalismo, el estudio de la cultura política no tenía sentido debido a que todos los indicadores señalaban el surgimiento de sociedades participativas educadas y civilmente orientadas. La cultura política no era un problema. De la misma forma, para el marxismo, la cultura política tampoco era un problema. Marx seguramente estaba en la tradición del iluminismo, salvo que él estableció las variables teóricas de distinta forma y vio el proceso histórico en términos dialécticos más que incrementalistas. En vez del avance intelectual que empuja hacia un progreso material y político-moral con una secuencia benigna, el avance material produjo tres subculturas políticas: una clase capitalista explotadora y siempre concentrada; una clase trabajadora explotada, propagandizada y reprimida; y una organización iluminista de revolucionarios. El resul-

tado final fue una cultura universal iluminista, y una sociedad de bienestar, racionalidad y creatividad de masas.

Hubo, en efecto, una escuela escéptica –Mosca, Pareto, Michels y otros– que atacó tanto al marxismo como a las variedades liberales de expectativas iluministas, dibujando en su lugar un futuro de explotación elitista permanente y de gobierno autoritario basado en diferentes grupos de premisas psicológicas y sociológicas. Mientras que la visión más sanguinaria del iluminismo predominaba en Inglaterra y en Estados Unidos, hubo estudiosos y publicistas como Graham Wallas (1921) y Walter Lippman (1922), quienes también asumieron el reto de desarrollar una racionalidad de masas. Pero desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, el proceso del iluminismo pareció estar avanzando, y la preocupación sobre modelos culturales parecía estar pendiente.

El surgimiento de la investigación moderna sobre la cultura política

La magnitud e irracionalidad de la Primera Guerra Mundial, el surgimiento del fascismo, el nacimiento del nazismo y la climática destructividad de la Segunda Guerra Mundial, frustraron ampliamente las complacientes perspectivas. Los esfuerzos para encontrar una solución intelectual a estos trágicos acertijos históricos –las teorías y los métodos– aparecieron primeramente en la Ciencia Política norteamericana en las primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial. En las postrimerías de la guerra, las ciencias sociales eran principalmente una empresa norteamericana. Habían sido enriquecidas por investigadores refugiados de Alemania e Italia, quienes llevaron con ellos sus tradiciones sociológicas, sociopsicológicas y psicoantropológicas. No debemos olvidar esta fuerte influencia europea y particularmente alemana en la investigación sobre la cultura política.

Hubo tres componentes intelectuales: la tradición sociológica de Weber, Durkheim, Mannheim, Parsons y otros; la tradición sociopsicológica de Graham Wallas, Walter Lippman, William McDougall, E.L. Thorndike, Paul Lazarsfeld y otros; y la tradición psicoantropológica originalmente de Freud e incluyendo a Theodore Adorno, Max Horkheimer, Else Fraenkel-Brunswik, Nevitt Sanford, Ruth Benedict, Margaret Mead, Harold Lasswell, Alex Inkeles, Daniel Levinson y muchos otros.

Pero lo más importante en el surgimiento de la investigación moderna de la cultura política fue el desarrollo de la metodología y técnicas de

investigación. Como es el caso en la historia de la ciencia, el progreso es estimulado más por el desarrollo de nuevas capacidades empíricas y técnicas que por teorías e hipótesis sustantivas. Las teorías permanecen como especulaciones a menos que existan rigurosos métodos que las validen. La revolución en técnicas de investigación tuvo cuatro componentes principales: 1. El amplio desarrollo de métodos de muestreo, haciendo posible obtener datos representativos de grandes poblaciones; 2. El aumento en la sofisticación de métodos de entrevistas para asegurar mayor confianza en los datos derivados de éstas; 3. El desarrollo de técnicas de conteo y de escala, haciendo posible organizar respuestas en dimensiones homogéneas y relacionarlas a variables teóricas, y 4. La creciente sofisticación de métodos de análisis estadístico y de inferencia, pasando de simples estadísticas descriptivas a análisis bivariados, multivariados, regresión y vías causales de relaciones entre variables contextuales, actitudinales y conductuales. La invención de la tecnología de investigación puede ser comparada a la invención del microscopio, haciendo posible un fuerte incremento y mayor resolución en los datos biológicos, por un lado, y de datos sociales, psicológicos y políticos, por el otro.

Tres décadas después de estos desarrollos iniciales, es claro que la cultura política ha encontrado su lugar en el vocabulario conceptual de la ciencia política. Es parte de la estrategia explicativa de la ciencia política. Es la ocasión para una persistente polémica en la disciplina —no tan prolífica como la polémica sobre el pluralismo, pero muy respetable en el sentido cuantitativo. Hay tal vez 35 o 40 libros de tipo empírico y metodológico que tratan sobre cultura política; tal vez 100 artículos en revistas especializadas y simposios y más de 1000 citas en la literatura.

Una parte respetable del talento de la profesión está presente en estas polémicas, incluyendo a Samuel Beer, Samuel Barnes, Brian Barry, Archie Brown, Dirk Berg-Schlosser, Harry Eckstein, Richard Fagen, Ronald Inglehart, Max Kaase, Dennis Kavanagh, Joseph LaPalombara, Robert Lane, S.M. Lipset, Herbert McCloskey, Carole Pateman, Robert Putnam, Lucian Pye, Irwin Scheuch, Robert Tucker, Aaron Wildavsky y Stephen White. El tema que atraviesa esta literatura es la importancia de los valores, sentimientos y creencias en la explicación del comportamiento político. Valores políticos, sentimientos y creencias no son las simples reflexiones de la estructura social y política; ni son reducibles al individualismo del *rational choice*. El contenido político de las mentes de los ciudadanos y de las élites políticas es más complejo, más persistente y más autónomo de lo que el marxismo, liberalismo y la teoría *rational choice* sugerirían.

La primera respuesta de las ciencias sociales al “problema alemán” fue psicocultural. El fenómeno de la política alemana parecía invitar a las ciencias de lo irracional y de lo no-racional a unir esfuerzos para explicar el problema. Hay un estante lleno de libros y artículos de revistas especializadas interpretando el Nacional-socialismo y el “problema alemán” en términos psicoculturales. La teoría psicocultural interpreta la política alemana (japonesa, norteamericana, rusa, francesa y británica) en términos de estructura familiar y socialización infantil. Fue la familia patriarcal y autoritaria alemana la que explicó la combinación de obediencia servil y hostilidad externalizada que produjo el nacionalismo, etnocentrismo y anti-semitismo alemán. Hubo poco espacio en esta interpretación psicocultural de la política alemana para la experiencia adulta, para el impacto de la historia y para procesos cognoscitivos autónomos.

En este extremo, la aproximación psicocultural fue rápidamente desacreditada y rechazada. Ya no leemos *Fatherland* de Schaffner (1948) ni *Post-War Germans* de Rodnick (1948). Pero el tono de la importancia de los factores subjetivos en la explicación política sobrevive en dos “programas” de investigación: estudios de liderazgo que continúan enfatizando factores de personalidad e investigación sobre cultura política relacionada con la propensión de grupo basada en grado substancial, aunque no completamente en investigación empírica.

La teoría de la cultura política define este concepto en cuatro direcciones: 1. Consiste en el conjunto de orientaciones subjetivas hacia la política en una población nacional, o en un subconjunto de la población nacional; 2. Tiene componentes cognoscitivos, afectivos y evaluativos: incluye conocimientos y creencias sobre la realidad política, sentimientos con respecto a la política y compromisos con valores políticos; 3. El contenido de la cultura política es el resultado de la socialización, educación y exposición a los medios de comunicación en la niñez y a experiencias con el desempeño gubernamental, social y económico en la etapa adulta, y 4. La cultura política afecta el desempeño y la estructura gubernamental –lo fuerza pero definitivamente no lo determina–. Las direcciones causales entre cultura, estructura y desempeño van en ambas direcciones.

Críticas a la teoría de la cultura política

La teoría de la cultura política ha sido atacada desde cuatro perspectivas. Una línea de argumentación dada por Brian Barry (1970, p. 47 y ss.) y

Carole Pateman (1980), quienes atribuyen a la cultura política una arremetida determinista, asumiendo que la socialización política produce actitudes políticas que causan comportamiento político y subraya la estructura política. Barry y Pateman sostienen que la causalidad puede trabajar de la manera contraria —que las instituciones y su desempeño influyen a las actitudes. Los primeros defensores de la explicación de la cultura política también reconocieron que la causalidad trabajaba en ambas direcciones, que las actitudes influyen en la estructura y el comportamiento, y que la estructura y el desempeño también influyen a las actitudes. Esta fue en esencia una polémica de hombre de paja.

La crítica marxista, reflejada en el trabajo de Jerzy Wiatr (1980) y otros, sostiene que el cambio de actitudes resulta de un cambio socioeconómico y cultural; en otras palabras, la lógica causal trabaja de estructura de clase hacia actitudes políticas, comportamiento político y estructura. Las actitudes políticas tienen un contenido necesariamente estructural y por lo tanto poco poder explicativo independiente o autónomo. Este argumento ya no es tomado en serio por marxistas contemporáneos, quienes han descubierto en décadas recientes que la política y el Estado tienen un grado de autonomía y que la etnicidad, nacionalidad, y religión no fácilmente dan cabida a una resocialización.

Una tercera línea de crítica proveniente principalmente de estudiosos del comunismo —Richard Fagen (1969), Robert Tucker (1973), Stephen White (1979, 1984), y otros— sugiere que es inadmisibles separar las actitudes políticas del comportamiento. Restringir el concepto de cultura política a sus aspectos psicológicos, trae una “subjetivización” radical del fenómeno. Tal separación da una propensión conservadora a la teoría de la cultura política. Esto entiende la maleabilidad de las actitudes en respuesta al cambio estructural. En contraste al primer y segundo argumentos este punto de vista preserva el concepto de cultura política, pero lo modifica para incluir el comportamiento. Lo que es pasado por alto en esta crítica, es el hecho de que separar la dimensión psicológica de la conductual nos permite establecer la relación real de ambas dimensiones. El no poder separarlas no nos permite explorar las complejidades de la relación entre pensamiento político y acción política.

Una cuarta línea de crítica fue dada por el *rational choice* o escuela de pensamiento “metodológico individualista”. Ronald Rogowski (1974) y Samuel Popkim (1979) argumentan que la estructura política y el comportamiento pueden ser explicados por cálculos de interés material a corto plazo de los actores políticos. En algunas versiones de esta aproximación teórica, no hay lugar para valores, normas, sentimientos, y componentes cognoscitivos más complejos. La historia, memoria y

contexto cultural no tienen poder explicativo. Un simple acercamiento de *rational choice* en cualquier situación política le da a uno todo el poder explicativo que se necesita. Otros en esta misma escuela emplean las consideraciones de *rational choice* como un mecanismo heurístico, como una forma sistemática y acumulativa de derivación de hipótesis, y reconocen el poder explicativo de las variables culturales y sociológicas.

Persistencia y cambio en la cultura política

La literatura contemporánea sobre cultura política está orientada a la experiencia de tres regiones: 1. La cultura política de sociedades industriales avanzadas; 2. El papel de la cultura política en el desarrollo de sociedades comunistas; y 3. El papel de la cultura política, económica y religiosa en la modernización de países asiáticos. El primer tema realmente consiste de dos partes: *a*) una literatura que trata con descubrimientos relacionados a *The Civic Culture* (Almond y Verba, 1963), y *b*) una literatura que trata el tema de cambio en la cultura política de sociedades industriales avanzadas asociado, principalmente con los trabajos de Ronald Inglehart y Samuel Barnes.

Desde la publicación de *The Civic Culture* en 1963 ha habido un substancial número de estudios sobre actitudes políticas en Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania Occidental e Italia. Realmente, ha habido más de dos décadas de investigaciones. Algunos de estos datos están incluidos en *The Civic Culture Revisited* (Almond y Verba, 1980). De estas y otras fuentes podemos obtener algunas impresiones de qué tan estable es la cultura política y los factores que pueden transformarla.

Estudios recientes sobre la cultura política norteamericana—incluyendo *The Confidence Gap* (1983) de Lipset y Schneider, basado en varios cientos de investigaciones de opinión conducidas en Estados Unidos desde 1940—, demuestran un serio declive en la confianza en el liderazgo e instituciones políticas, económicas y sociales de Norteamérica. La alta confianza y legitimidad reportada en *The Civic Culture* parece haber sido reemplazada por un escepticismo hacia la efectividad e integridad de los liderazgos políticos, militares, económicos y de otro tipo. Aunque ninguna de estas evidencias apoya una crisis de legitimidad, seguramente en los ochenta en Estados Unidos no tuvieron la confianza política del que gozaron a inicios de los sesenta. Sugiriendo lo volátiles que son los indicadores sobre confianza política, después de varios años de la administración Reagan, un estudio de seguimiento (1985) demostró que el

mejoramiento económico y un mejor liderazgo moral habían reducido significativamente esta alienación y desconfianza.

Por lo que concierne a Gran Bretaña, Dennis Kavanagh (1980), en *The Civic Culture Revisited* habla de “un declinamiento en los elementos diferenciales y de apoyo” en la cultura política británica en el periodo de 1960 a 1980. El autor señala, sin embargo, que hay más insatisfacción con el desempeño que con el sistema como un todo. Él dice que años recientes de bajo crecimiento económico han llevado a “mayores tensiones sociales, rivalidades entre grupos, y creciente insatisfacción con las autoridades” y que “los lazos tradicionales de las clases sociales, partidos y nacionalidad están debilitándose, y con ellos los viejos contenedores de jerarquía y deferencia” (p. 170).

Kendall Baker, Rusell Dalton y Kai Hildebrandt (1981), en su análisis de datos sobre investigaciones alemanas desde los años cincuenta a los setenta, documentan una completa transformación de la cultura política alemana desde el modelo pasivo y apolítico establecido en *The Civic Culture*, a una cultura prodemocrática, politizada y orientada a la participación en los setenta y los ochenta. Entonces, el descenso de la cultura cívica en Estados Unidos y la Gran Bretaña y la emergente cultura cívica de Alemania Occidental demuestran que la cultura política es una variable relativamente blanda, significativamente influenciada por la experiencia histórica y por la acción gubernamental y estructural. El trauma del Nacional-socialismo, una estructura política y gubernamental astutamente diseñada, y una efectiva economía parecen haber producido una democracia estable en Alemania. Por otro lado, la guerra de Vietnam, la contracultura y el *Watergate* han dañado seriamente la cultura cívica en Estados Unidos; el pobre desempeño económico y el decreciente prestigio internacional han también reducido la legitimidad de las instituciones políticas británicas.

La plasticidad de la cultura política en las sociedades industriales avanzadas también es sugerida por los estudios empíricos de Ronald Inglehart (1975, 1989), Samuel Barnes y Max Kaase (1979), y sus colaboradores. Inglehart demuestra, con un conjunto de investigaciones desarrolladas en Europa y Estados Unidos en un periodo de más de una década, desde los setenta y principios de los ochenta, que los cambios generacionales en las democracias industriales avanzadas habían transformado las políticas o problemas culturales de estas democracias y que estos nuevos problemas habían comenzado a modificar sus sistemas de partidos. En su primera versión, la teoría de Inglehart sostuvo que las generaciones nacidas en Europa y Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial y hasta mediados de los setenta habían experimentado

paz continua, rápido crecimiento económico, crecientes oportunidades educativas y un incremento en su acceso a los medios de comunicación. Esta socialización política tendió a minimizar la prominencia de los viejos problemas de seguridad económica, política y militar que habían influenciado las actitudes de generaciones previas, y dieron preponderancia a un nuevo conjunto de problemas sobre participación, calidad de vida y medio ambiente. Más tarde, Inglehart y otros investigadores de los años de la "estanflación" de finales de los setenta y principios de los ochenta, reportaron un regreso a la ansiedad económica, pero las nuevas actitudes sobre calidad de vida permanecieron. Barnes y Kaase (1979), en su estudio de cinco países sobre actitudes hacia la acción política, siguiendo el camino de Inglehart, demostraron que esta nueva cultura política de las sociedades industriales avanzadas también incluye cambios en actitudes hacia la acción política, la disposición a recurrir a modos no convencionales de participación política tales como manifestaciones, marchas, plantones, etcétera, además de los modos convencionales de participación política. Entonces, una combinación de experiencias históricas y modelos distintos de socialización política —efectos generacionales y periódicos— alteraron significativamente la cultura política de las democracias avanzadas.

En su libro más reciente, Inglehart (1989) esboza un balance entre continuidad y cambio en el desarrollo de los valores y actitudes europeos, basado sobre series longitudinales examinados durante más de quince años:

Investigaciones desarrolladas repetidamente alrededor de varios años incluyendo diferencias nacionales en niveles de satisfacción general de vida, felicidad, satisfacción política, confianza interpersonal y apoyo al orden social existente. Estos atributos son parte de un síndrome coherente de sociedades dadas que se agrupan consistentemente en niveles altos (o relativamente bajos) en todos ellos. Altos o bajos puntajes en este síndrome, tienen consecuencias importantes para el comportamiento político y social de determinadas personas, creando los prospectos para una democracia viable, entre otras cosas. Como hemos visto, grandes diferencias culturales en este síndrome de actitudes persistieron a través del periodo de 1973 hasta 1988; evidencias fragmentadas adicionales sugieren que estas diferencias pueden ser halladas desde 1950 (Capítulo 13, p. 1).

Inglehart señala entonces, que también ha habido cambios remarcables en las actitudes europeas. De la misma forma, actitudes en Italia demuestran menos desconfianza de lo que habían demostrado en el pasado. El autor destaca los cambios en las actitudes políticas alemanas

de las dos últimas décadas, asociadas con crecientes niveles de vida y buen desempeño gubernamental.

Si estos estudios recientes de cultura política en Europa y Estados Unidos sugieren que puede haber cambios relativamente rápidos en respuesta a circunstancias y experiencias modificadas, estudios de actitudes políticas en países comunistas sugieren la persistencia de ciertos aspectos de la cultura política con vistas a esfuerzos transformadores muy poderosos (ver, p. ej., Almond, 1983; Brown, 1984; Brown y Gray, 1977; White, 1979, 1984). Desafortunadamente, hay pocas investigaciones serias disponibles sobre la cultura política en los países comunistas, también hay otra clase de datos desde los cuales estudiosos de países comunistas pueden establecer inferencias. Esta literatura plantea que a pesar de esfuerzos sistemáticos de movimientos comunistas para penetrar, manipular, organizar, adoctrinar, coaccionar, a lo largo de varias décadas, nada parecido a un "hombre socialista" ha emergido. Sentimientos nacionalistas han sobrevivido con fortaleza substancial; identidades culturales y religiosas persisten con gran vitalidad. En países como Checoslovaquia, que en sus inicios tuvo tradiciones democráticas, estas tradiciones parecen persistir listas para aparecer cuando la historia lo haga posible. En Polonia, hoy puede haber corrientes liberales más fuertes de lo que existieron en los años de su independencia. La experiencia comunista con la cultura política aproxima un grupo de "estudios cruciales de caso" tal y como los define Eckstein (1975). Si el monopolio del control de los medios de comunicación, el monopolio o casi monopolio de la organización, penetrantes controles policíacos, etcétera, no pueden transformar valores y actitudes entonces algún poder explicativo debe ser asignado a la cultura política y a los procesos de socialización que la mantienen.

Un tercer conjunto de desarrollos históricos —la extraordinaria tasa de crecimiento económico de los países Confucionistas de Asia del Este en contraste con otros países influenciados por el Islam o el hinduismo— también sugiere la importancia de la cultura en el diseño del comportamiento político y económico. Hofheinz y Calder (1982) sostiene el argumento de que el énfasis sobre la lealtad, la educación, la mutualidad, y el respeto por la autoridad en estas áreas reside en las normas del Confucionismo. Spengler (1980) atribuye al pensamiento social Confucionista la orientación al mercado por los empresarios del Japón. Bellah (1957) argumenta que los valores religiosos del periodo Tokugawa afectaron el despegue económico de la era de restauración Meiji. Winston Davis (1987) resume partes de esta literatura, ofreciendo una versión modificada de la teoría de Weber de la relación entre la ética económica

de las religiones y el crecimiento económico. Más que ver a la ética religiosa como condición necesaria de crecimiento económico, Davis argumenta que ésta puede influenciar el crecimiento económico, ya sea facilitándolo o tolerándolo, u obstruyendo el desarrollo de actitudes y valores que conducen a la disciplina y el desempeño económicos. Las preguntas que nosotros tenemos que hacer, de acuerdo a Davis, no son las de cuáles o qué tipo de religiones; sino más bien lo que debemos preguntar es: “¿La religión ha motivado cambio económico? ¿Ha tolerado el cambio? ¿Ha promovido la aceptación de los costos sociales impuestos por el desarrollo?” (p. 226). Davis es un caso calificado a la contribución del confucianismo a las fuertes tendencias de desarrollo económico en los países del este asiático.

Lucian Pye (1985), en un amplio e imaginativo estudio de la cultura y la política en Asia, demuestra como el confucianismo, el hinduismo y el Islam contribuyen, aunque en distintas formas, a patrones paternalistas, “familistas”, consensuales y político-clientelistas, en el este, el sureste y el sur de Asia. Él plantea que el área asiática puede tener sus propios modelos de modernización, que el crecimiento económico y la educación no necesariamente llevan a la democratización, o si lo hacen, entonces también podrían aparecer estas tendencias paternalistas, consensuales y clientelistas. El regreso no anticipado de la modernización y la emergencia del fundamentalismo populista islámico en Irán y en otros lugares del Medio Oriente, de la misma forma documentan la fuerza de la cultura política tradicional y de las variables de socialización.

El estado actual de la teoría de la cultura política

El récord histórico a simple vista podría parecer ambiguo. Por un lado, la cultura política puede cambiar relativamente rápido; por el otro, parecería poder hacerlo sin cambiar mucho. ¿Qué podemos aprender de estas experiencias históricas, y de la investigación acumulada en las últimas décadas, acerca de dos de las preguntas fundamentales planteadas por la teoría de la cultura política es: primero, de la estabilidad de la cultura política, su persistencia y autonomía, y por lo tanto el significado de su poder en la explicación política; y segundo, la relativa importancia de los factores que afectan la cultura política, en particular la relativa importancia de la niñez, el lugar de trabajo de los adultos, la comunidad, la experiencia con los medios de comunicación, y la experiencia directa del desempeño político y gubernamental?

Sobre la estabilidad o persistencia de la cultura política, los datos que

tenemos ahora sugieren que las variables políticas, tales como la confianza en las autoridades actuales y la confianza en las instituciones políticas y sociales, parecen ser considerablemente cambiantes, y varían según la efectividad del desempeño de los líderes, funcionarios y agencias. Las creencias políticas básicas y los valores políticos son más resistentes, aunque también son sujetos de cambio. De esta forma, en los Estados Unidos y la Gran Bretaña durante los sesenta y setenta la confianza en los líderes y en las élites políticas, económicas y sociales declinó seguramente. Pero la evidencia no demostró ninguna erosión seria de la legitimidad básica de las instituciones políticas y sociales norteamericanas y británicas, a pesar del pobre desempeño económico y gubernamental en ambos países.

La transformación de las actitudes básicas en Alemania parece ser consecuencia de tres causas mayores: 1. Las experiencias históricas más poderosas que afectan a la población directamente (colapso militar, bombardeos, ocupaciones, particiones, migración forzada, humillación internacional); 2. Ingeniería constitucional imaginativa (un sistema electoral diseñado en favor de grandes partidos políticos, el voto constructivo de no-confianza, federalismo), y 3. Un importante desempeño político y de políticas, que produjo un “milagro” de reconstrucción y crecimiento. Es imposible separar y asignar un peso específico al papel jugado por los cambios en modelos culturales básicos producidos por cambios en las estructuras familiares, socialización de la niñez, y resocialización de los adultos. Todo lo que podemos decir es que estos factores juntos han producido una transformación en la cultura política de Alemania occidental, caracterizada por legitimidad del régimen y democracia, y una cultura política participativa.

En Estados Unidos el descenso de la confianza y de la política consensual parece también estar sobredeterminado por una costosa y desmoralizante derrota en la larga década de la guerra de Vietnam, por un conflicto racial en gran escala, por mayores cambios en las normas sociales y culturales norteamericanas traídas en parte por la “contracultura”, y por los desmoralizantes escándalos de la administración Nixon. Pero estos poderosos impactos no han dañado la legitimidad de las instituciones norteamericanas –gubernamentales, políticas y económicas.

Entonces, nuestra evidencia demuestra que las creencias políticas básicas, tales como la legitimidad del régimen, tienen cierta estabilidad. Únicamente las catástrofes parecen afectar estas actitudes en periodos cortos, de otra forma la tasa de cambio es relativamente baja.

Finalmente, las actitudes, identidades y compromisos con valores

asociados con etnicidad, nacionalidad y religión son más resistentes al cambio. Estos son valores y compromisos primordiales que parecen ser casi indestructibles. Son estos valores y compromisos primordiales, y los procesos de socialización que los mantienen, los que explican el fracaso de la Rusia Soviética y de los esfuerzos comunistas por transformar las culturas políticas de los países de Europa del Este, e incluso en Rusia, particularmente en la periferia. Pero la resistencia de las culturas políticas en Europa del Este no está limitada a las identidades nacionales, etno-lingüísticas y religiosas. Se ha dicho que en Checoslovaquia persisten actitudes políticas liberales con más fuerza que en el periodo precomunista; y en Polonia parece que las actitudes políticas liberales se han extendido a lugares donde no existían. El aprendizaje político no puede ser reducido a una simple reactividad.

La teoría de la socialización política ha progresado en las últimas décadas. En términos generales, hay evidencia de que la autoridad familiar ha cambiado en una dirección participativa. Es difícil determinar qué tanto una contribución independiente de estos cambios pudo tener en la democratización de la cultura política en las sociedades industrializadas, desde que diversas influencias estuvieron operando en la misma dirección durante esas décadas. La evidencia también demuestra que el incremento de los niveles educativos en las sociedades industrializadas avanzadas ha traído en proporción ciudadanos eficaces políticamente, y ha transformado las culturas políticas de las sociedades industriales avanzadas hacia una orientación participativa (Hyman, 1975).

Uno de los cambios más significativos en el proceso de socialización política es la emergencia de los medios electrónicos de comunicación, particularmente de la televisión. Estudios sobre el comportamiento electoral en Estados Unidos a finales de los cuarenta y los cincuenta, produjeron la teoría *two-step flow of communications* de Katz y Lazarsfeld (1955). Esta teoría sostuvo que el impacto de los medios masivos de comunicación sobre las actitudes y el comportamiento, estaba mediado por las élites de opinión -individuos que gozaban de la confianza de las personas, hombres del clero, maestros, viejos miembros de la familia, etcétera. Los mensajes transmitidos por los medios de comunicación eran interpretados por estos líderes de opinión, y se presumía que la gente ordinaria estaba protegida de la manipulación masiva.

La televisión ha debilitado las opiniones de estos líderes y ha acentuado la importancia de los medios masivos de comunicación en el diseño de los valores y las actitudes. El mayor acceso que la televisión tiene para influir en el significado de los mensajes de intérpretes y comentaristas televisivos, según Austin Ranney (1983), han erosionado la importancia

de las opiniones de los líderes cara a cara, trayendo consigo importantes consecuencias para la familia, la comunidad, los grupos de interés y la cohesión de los partidos políticos. Sidney Verba y sus colaboradores (1988), en un estudio reciente sobre las actitudes de las élites en Estados Unidos, Suecia y Japón, demuestran que en todos ellos los diversos grupos de líderes de políticos, burócratas, empresarios, trabajadores, etcétera, describen a los medios de comunicación en el más alto nivel de influencia política. En el estudio inicial de Verba y Orren (1985), uno de los primeros estudios de actitudes de élites en Norteamérica, los medios de comunicación fueron vistos por otras élites no como influyentes, más bien como *demasiado* influyentes. Entonces, el carácter cambiante de los medios parece haber cambiado la relación entre élites políticas y público en las sociedades industriales avanzadas. El monto de discreción acordada por los líderes ha sido reducido; los estilos y las habilidades políticas han sido transformados.

Con base en las experiencias políticas alemana y francesa se puede afirmar que también es aparente que la ingeniería constitucional y político-estructural puede tener efectos significativos en la cultura política. Las enmiendas constitucionales alemanas han garantizado que Bonn no sea una repetición de Weimar. Seguramente la estabilidad política alemana por más de tres décadas, que es en parte substancialmente atribuible a los cambios constitucionales, han contribuido de manera importante a la legitimidad del sistema alemán. De igual forma, los experimentos franceses con una combinación de “gobierno presidencial-parlamentario” y su sistema electoral han hecho una importante contribución a la estabilidad y efectividad de la V República, y han reducido el cinismo y alienación de la política francesa.

Así, la teoría de la cultura política que hoy sobrevive, no es familista, infantil e “inconcientemente” dominadas por las ideas de los cuarenta, sino más bien una teoría que enfatiza el nivel cognoscitivo de las actitudes y expectativas influenciadas por la estructura y el desempeño del sistema político y la economía. Pero si mucho de esto es fluido y plástico, hay componentes persistentes y estables, tales como las creencias políticas básicas y el compromiso con valores y vinculaciones primordiales que afectan o retienen nuestro comportamiento político y nuestras políticas públicas.

Una aproximación al sistema, proceso y política de la cultura política

Ha habido varias polémicas sobre el contenido de la cultura política. ¿Cuáles son sus componentes y como se relacionan entre sí? La tesis Fagen-Tucker-White nos llevaría de la desagregación conceptual hacia un concepto más inclusivo. Lowell Dittmer (1977) ataca la prevaleciente definición de cultura política como la “percepción subjetiva de una realidad política objetiva”, una concepción oscura sin distinción de “por un lado, la estructura política, y por el otro, de la psicología política” (p. 581). Él propone un enfoque más claro para la definición de cultura política dentro del esquema de la aproximación de los sistemas semiológicos. Pero reconoce que la superioridad teórica aún tiene que ser demostrada.

En mi trabajo con G. Bingham Powell, hemos argumentado que si la cultura política es la dimensión subjetiva del sistema político, entonces debe ser un conjunto divisible de orientaciones hacia las distintas estructuras y aspectos del sistema político (Almond y Powell, 1978). Los miembros del sistema político tienen conocimientos de las diversas partes y estructuras del sistema; tienen sentimientos hacia ellas, y las juzgan y evalúan de acuerdo a varias normas. Así, de la separación del sistema político en tres niveles, sistema, proceso y políticas, se deriva que cada sistema político tiene un sistema, proceso y una política de la cultura. El sistema de cultura se integra por conocimientos, sentimientos y evaluaciones respecto a las autoridades políticas, y el papel de quienes están en el poder; conocimientos, sentimientos y evaluaciones hacia el régimen, que es la estructura institucional; y conocimientos, sentimientos y evaluaciones hacia la nación. Entonces, cuando hablamos de legitimidad del sistema político, tenemos que especificar si estamos hablando de líderes y el grupo de funcionarios, del régimen, de la nación o de alguna combinación de éstos.

El proceso de la cultura se conforma por los conocimientos, sentimientos y evaluaciones que los miembros del sistema político tienen hacia sí mismos como actores políticos, y hacia otros actores políticos, incluyendo otros grupos políticos tales como los partidos y grupos de interés, así como las élites específicas del gobierno y de la política. La política de cultura consiste en los conocimientos, sentimientos y evaluaciones que los miembros del sistema político tienen hacia los resultados del sistema –sus políticas internas (extractivas, regulativas y distributivas) y sus políticas externas (militares, diplomáticas y económicas).

Desagregar la cultura política en estos términos sistémicos, nos per-

mite explorar su estructura lógica o interactiva. Eso nos puede llevar por un lado a remediar algunos de los defectos conceptuales mencionados por Lowell Dittmer, pero al mismo tiempo, por el otro, a evitar algunas de las vanidades de la semiología. Es claro que estos tres niveles de la cultura política están estrechamente relacionados. En un nivel relativamente simple, es claro que la insatisfacción con los resultados de las políticas probablemente lleva a la insatisfacción con las autoridades políticas responsables de estos resultados. La insatisfacción con el proceso político probablemente conduzca a la insatisfacción con el régimen. La insatisfacción constante con resultados de las políticas puede, en algunos tipos de sistemas políticos, llevar a un cambio de las autoridades políticas, así como una constante insatisfacción con el proceso político puede llevar a un cambio estructural o de régimen. Asimismo el deterioro del desempeño, tanto en el proceso político como en las políticas mismas, en países con componentes étnicos separados, a lo largo del tiempo tiende a ocasionar un declinamiento de la legitimidad nacional y al surgimiento de movimientos autónomos o secesionistas como los ocurridos en la Gran Bretaña, Canadá, España y otros países.

Por otro lado, las políticas satisfactorias y el buen desempeño en el proceso político, a lo largo del tiempo pueden incrementar la legitimidad de las autoridades políticas, de los regímenes y de las naciones. Hay algo similar al proceso de acumulación y agotamiento del capital en esta interacción entre el proceso y el desempeño de las políticas y la legitimidad del sistema.

Entender a la cultura política en los términos de estos tres niveles, nos ilustra sobre algunos aspectos de la estrategia política. Las amenazas al régimen en virtud de insatisfacción con el proceso, pueden ser tratadas directamente, como fue el caso en el proceso de democratización en la Gran Bretaña en el siglo XIX. El proceso de negociación, no en términos de una pregunta cualquiera, sino más bien en términos de una franquicia limitada, paso a paso, fueron respuestas a las secciones de la población que estaban movilizadas. La estrategia de Bismark en Alemania consistió en el soborno de las demandas populares por franquicia completa para las clases media y trabajadora; por astutos incentivos como resultado de las políticas: del bienestar para la clase trabajadora, políticas de comercio para los industriales y grandes terratenientes y una agresiva política exterior para todos. Esta estrategia *Bismarkniana* de recurrir a políticas distributivas como una forma para mitigar y contener las demandas de participación han sido seguidas en muchos países del Tercer Mundo contemporáneo, en particular Corea del Sur y Taiwán.

Una aproximación sistémica a la investigación de la cultura política

como ésta, tiene la virtud de mantenerla firmemente establecida en la estructura y desempeño del sistema político. Es bueno para el análisis lógico y formal y genera interesantes hipótesis sobre aspectos importantes de la política.

Referencias

- Almond, Gabriel A., "Communism and Political Culture Theory", *Comparative Politics*, 13 de enero de 1983.
- Almond, Gabriel A. y G. Bingham, Powell, *Comparative Politics: System, Process, Policy*, Boston, Little Brown, 1978.
- Almond, Gabriel A. y Sidney, Verba, eds., *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1963.
- Almond, Gabriel A. y Sidney, Verba, eds. *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown, 1980.
- Aristóteles *Politics* (H. Rackham, traduc.), Londres, Heineman, 1932.
- Baker, Kendall, Rusel, Dalton y Kai Hildebrandt, *Germany Transformed*, Cambridge, Harvard University Press, 1981.
- Barnes, Samuel y Max Kaase, *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies*, Beverly Hills, Sage, 1979.
- Barry, Brian, *Sociologists, Economists and Democracy*, Londres, Macmillan, 1970.
- Bellah, Robert N., *Tokugawa Religion*, Boston, Beacon, 1957.
- Brown, Archie, ed., *Political Culture and Communist Studies*, New York, Sharpe, 1984.
- Brown, Archie y Jack Gray, eds., *Political Culture and Political Change in Communist States*, New York, Holmes & Meier, 1977.
- Davis, Winston, "Religion and Development: Weber and the East Asian Experience", en Myron Weiner y Samuel Huntington, eds., *Understanding Political Development*, Boston, Little Brown, 1987.
- Dittmer, Lowell, "Political Culture and Political Symbolism", *World Politics*, 30 de julio de 1977.
- Eckstein, Harry, "Case Studies in Political Explanation", en Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby, eds., *Handbook of Political Science*, vol. 7, Reading, Addison-Wesley, 1975.
- Fagen, Richard, *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford, Stanford University Press, 1969.
- Hofheinz, Roy y Kent, Calder, *The East-Asia Edge*, New York, Basic Books, 1982.

- Hyman, Herbert, *The Enduring Effect of Education*, Chicago, University of Chicago Press, 1975.
- Inglehart, Ronald, *Changing Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1989.
- Katz Elihu, y Paul Lazarsfeld, *Personal Influence: The Part Played by People in the Flow of Mass Communications*, Clencoe, Free Press, 1955.
- Kavanagh, Dennis, "Political Culture in Britain: The Decline of the Civic Culture", en Gabriel A. Almond y Sidney Verba, eds., *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown, 1980.
- Lipset, S.M., "The Confidence Gap: Down but not Out", Manuscrito no publicado, 1985.
- Lipset, S.M. y William Schneider, *The Confidence Gap*, New York, Free Press, 1983.
- Pateman, Carole, "The Civic Culture: A Philosophical Critique", en Gabriel A. Almond y Sidney Verba, eds., *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown, 1980.
- Platón (sin fecha), *The Works of Plato* (Jowett, traduc.), New York: Dial.
- Plutarco (sin fecha), *The Lives of the Ancient Greeks and Romans* (John Dryden, traduc.), New York, Random House.
- Popkin, Samuel, *The Rational Peasant*, Berkeley, University of California Press, 1979.
- Pye, Lucian W., *Asian Power and Politics: The Cultural Dimensions of Authority*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1985.
- Ranney, Austin, *Channels of Power*, New York, Basic Books, 1983.
- Rodnick, David, *Post-War Germans*, New Haven, Yale University Press, 1948.
- Rogowski, Ronald, *Rational Legitimacy*, Princeton, Princeton University Press, 1974.
- Rousseau, Jean-Jacques, *The Social Contract*, New York, Carlton House (sin fecha).
- Schaffner, Bertram, *Fatherland: A Study of Authoritarianism in the German Family*, New York, Columbia University Press, 1948.
- Spengler, Joseph, *Origins of Economic Thought and Justice*, Carbondale, Illinois University Press, 1980.
- Tocqueville, Alexis de, *Democracy in America*, New York, Knopf, 1945.
- Tocqueville, Alexis de, *The Old Regime and the French Revolution*, Garden City, Doubleday, 1955.
- Tucker, Robert C., "Culture, Political Culture, and Communist Society", *Political Science Quarterly*, junio, 1973.

- Verba, Sidney, "Germany: The Remaking of Political Culture", en Lucian Pye y Sidney Verba, *Political Culture and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1965.
- Verba, Sidney (1988) *Elites and the Idea of Equality*, Cambridge, Harvard University Press, 1988.
- Verba, Sidney and Gary Orren, *Equality in America: The View from the Top*, Cambridge, Harvard University Press, 1985.
- Wallas, Graham, *Human Nature in Politics*, New York, Knopf, 1921.
- White, Stephen, *Political Culture and Soviet Politics*, Londres, Macmillan, 1979.
- White, Stephen, "Political Culture in Communist States", *Comparative Politics*, 14 de abril de 1984.
- Wiatr, Jerzy, "The Civic Culture from a Marxist Sociological Perspective", en Gabriel A. Almond y Sidney Verba, eds., *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown, 1980.